

MAYO 68  
A  
DEBATE

## ¿Repercusión del Mayo 68 en la Iglesia del posconcilio?

**Antonio Duato Gómez-Novella.** Consejo de Dirección de Iglesia Viva

La hipótesis de que hubo tal repercusión se sigue defendiendo entre algunos historiadores y jerarquías de la Iglesia. No se supone esta repercusión en la convocatoria del Concilio Vaticano II, hecha por Juan XXIII el 25 de enero de 1959, ni en el inesperado cambio sobre su desarrollo provocado por la intervención del cardenal Liennart en la primera sesión de trabajo, el 13 de octubre de 1962, que cambió el sentido de un Concilio que la comisión preparatoria pretendía seguir controlando. Al influjo del espíritu del 68 (y de la ideología marxista que empezó a extenderse, sobre todo en España, como una moda) se ha atribuido el giro que, según algunos, se produjo a partir de 1968 en el desarrollo de la recepción del Concilio. A una primera fase de aplicación correcta de las reformas conciliares, habría sucedido una fase de tendencias y cambios rupturistas impulsados por “la agitación de los años cercanos al 1968”<sup>1</sup>.

---

1 Benedicto XVI, “Recepción e interpretación del Vaticano II” en *Iglesia Viva*, nº 225 (2006), p. 65. *Iglesia Viva* publicó el importante discurso del papa Ratzinger en su primera Navidad de 2005, como parte de un debate. Giuseppe Ruggieri, un miembro del Instituto para las Ciencias Religiosas de Bolonia, fundado por Giuseppe Alberigo, escribió la otra parte: “Lucha por el Concilio” en *idem*, pp. 71-80.

Esta manipulación de la historia para achacar al espíritu del 68 los cambios introducidos o solicitados en la Iglesia en la primera época del posconcilio se va reproduciendo hasta hoy, sobre todo cada vez que se añade una decena más a esa fecha. Yo me he encontrado con un escrito mío casi inédito de hace diez años y que me resulta imposible mejorar hoy, por lo que he decidido emplear literalmente muchos de sus párrafos para la primera parte de este artículo. Después dedicaré otro apartado a responder a esta pregunta relacionada con el caso de España: si no hubo una repercusión de la ola revolucionaria del 68, ¿a qué se debió la gran rapidez y radicalidad con que se recibió el Concilio en un primer tiempo, que coincidió con la llamada "época taranconiana" y la celebración de la Asamblea Conjunta, contestada ya desde el principio desde instancias romanas como una deformación de lo determinado por el concilio?

### El espíritu del 68 y el espíritu del Vaticano II<sup>2</sup>

Cuenta Hans Küng en sus memorias *-Libertad conquistada* (Trotta 2003)– que el brillante profesor de Teología Joseph Ratzinger a quien, por iniciativa suya, se le había ofrecido una cátedra en Tübinga en 1966, no pudo aguantar más de dos años en aquella universidad por la revuelta estudiantil del 68:

*Más de una vez los dos nos vimos impedidos en nuestras clases por sentadas de gente ajenas a la asignatura que*

*protestaban a voces. Lo que para mí quedó en una serie de enfados esporádicos, en Ratzinger supuso, a todas luces, un choque duradero. No quería seguir en Tübinga un semestre más... Desde entonces y hasta el día de hoy Ratzinger les tiene espanto a todos los movimientos 'de abajo', sean comunidades de estudiantes, grupos de sacerdotes, movimientos de Iglesia popular o teología de la liberación... (p.590)*

El 68 no provocó el cambio de rumbo de dos teólogos que todavía podían entenderse y colaborar en los tiempos del Concilio, pero sí catalizó las enormes diferencias que ya existían en la manera de entender la Iglesia y el alcance de su *aggiornamento*. Mientras uno ha llegado a papa el otro sigue vetado para enseñar en facultades católicas.

En junio del 68 Pedro Casaldáliga abandonó la pequeña comunidad de claretianos donde convivía con Fernando Sebastián. Sus trayectorias vitales se separaron desde entonces y también su manera de concebir el cristianismo, la Iglesia y el episcopado. Me consta que, a pesar del esfuerzo de ambos, se ha hecho muy difícil conservar la vieja amistad. Pero tampoco fue el mayo del 68 el que inspiró a Pedro esa opción radical por los pobres que ocasionó la progresiva ruptura con el viejo amigo.

Se achacan los supuestos excesos de la aplicación del Concilio al influjo del 68, para no decir claramente que lo que se quiere es restaurar el catolicismo tradicional que existía antes de la revolución promovida por Juan XXIII, a partir del año 1963 en que se inauguró un Concilio que fue más abierto de lo que esperaba la Curia de Roma.

Ya he mencionado que Benedicto XVI, en un importante discurso en su primera Navidad como papa, atribuyó las deformaciones discontinuistas producidas tras

2 Con este título publiqué un artículo en [Atrio.org](http://Atrio.org), el 4 de junio de 2008, cuanto este sitio era aún muy poco consultado. Y, desde luego, nadie imaginaba que llegaría un papa Francisco para intentar resucitar "el espíritu del Vaticano II".

el Vaticano II a "la agitación de los años cercanos al 1968". Y el biógrafo oficial de Juan Pablo II y gran gurú del neoconservadurismo católico, Georges Weigel, responsabiliza de todos los males de la Iglesia actual (incluidos los casos de pederastia en USA) a la *cultura de la disidencia* que se instaló en la Iglesia a partir del 68 ("influenciada por el espíritu de los tiempos" y la poca autoridad ejercida por Pablo VI en la crisis de la *Humanae vitae*, desobedecida por la mayor parte de la Iglesia, incluidos episcopados enteros).

Quienes dicen que el *espíritu del 68* se introdujo en la Iglesia, corrompiendo la recta aplicación del Vaticano II celebrado unos años antes, están desfigurando la realidad de los hechos. Habiendo vivido muy en directo y desde las cúspides eclesíásticas aquellos tiempos me urge dejar bien claro lo siguiente:

- El "espíritu del Vaticano II", que fue desde el principio mucho más allá de la letra de sus constituciones en la exigencia de reformas, se manifestó mucho antes que las revueltas estudiantiles del 68. Extrañamente nació en una asamblea internacional de 2.500 obispos. La preparación de esa reforma de las estructuras y la vida de la Iglesia fue el fruto de muchos años de esfuerzos en los movimientos que surgieron en la primera mitad del siglo XX: nueva teología, movimiento bíblico, movimiento litúrgico, movimiento ecuménico, movimiento de apostolado seglar, movimiento catequético, movimiento obrero cristiano, nueva praxis liberadora... Era la forma cómo en la Iglesia Católica se reaccionaba "desde abajo" a la cerrazón de la crisis antimodernista y al anquilosamiento en que estaba una Iglesia con las ventanas cerradas a los aires de la modernidad.

- Nada tuvo que ver en absoluto la nueva cultura libertaria del 68 con la aplicación en muchas diócesis de reformas

radicales en el sentido de la corresponsabilidad y sinodalidad eclesiales, palabras teológicas para expresar gobierno de las cosas de la Iglesia a través de asambleas y consejos representativos de todos los estamentos de la Iglesia. Estos cambios surgían, a ejemplo y recomendación del Concilio, impulsados por obispos que se identificaban con su espíritu. En Valencia se instituyeron en 1967 los Consejos Presbiteral y Pastoral y había voluntad de que fueran sustituyendo en la práctica al Cabildo y a la práctica monarquía episcopal. Hasta el equipo de vicarios episcopales se nombró tras una elección entre todo el clero. Nunca más se ha vuelto a producir. Esto no era una reacción mimética al asamblearismo del 68. Como tampoco lo fue la Asamblea Conjunta que para toda España promovió el cardenal Tarancón en 1972. Eran acciones responsables que buscaban un nuevo tipo de organización eclesíastica que fracasaron porque en la curia de Roma habían quedado demasiados adversarios del Vaticano II que se vieron después "premiados" por la muerte de Juan Pablo I y el nombramiento posterior como papa del cardenal Wojtyła.

- La opción de la Iglesia por los pobres, que se vio plasmada para toda América latina en la Conferencia de Medellín (precisamente en 1968) nada tenía que ver con la ideología marxista y el maoísmo que imperaban en los movimientos juveniles de aquellos años. Surgió por la "conversión a la realidad del pueblo" que estaban viviendo muchos obispos y teólogos desde los años cincuenta, como Helder Cámara, Gustavo Gutiérrez y otros representantes de la Teología y la práctica de la liberación. Por eso ese movimiento era más peligroso y difícil de integrar en el sistema que la revolución juvenil. Y se planeó para frenarlo una estrategia más fina y persistente.

te, la que desde los años ochenta fueron llevando a cabo Reagan y Juan Pablo II, con la ayuda de López Trujillo, Ratzinger y otros. Pero ¿está muerto y enterrado este "espíritu del Vaticano II y de Medellín" entre los católicos de Latinoamérica? Hacia 2008 estuvo en Valencia José Comblin, sacerdote belga-brasileño, y nos mostraba lo contrario.

- No fueron las nuevas formas de la estética juvenil –vaqueros, guitarras, canción protesta– las que influyeron en las reformas litúrgicas. Eran razones teológicas y vivencias de mucha hondura. La eucaristía, volviendo a los orígenes, se concebía más como asamblea del Pueblo de Dios que como sacrificio presentado a Dios por un intermediario, un sacerdote "separado" del pueblo y que simbólicamente le daba la espalda para dirigirse al Dios Altísimo. Es una inaceptable traición al Concilio Vaticano II y a su responsable aplicación enfatizar "excesos de mal gusto" para justificar una paulatina vuelta a la liturgia del Concilio de Trento a la que no quisieron renunciar ni Marcel Lefèbvre ni George Ratzinger, hermano mayor del Papa. Claro que el buen párroco George se conformó con abandonar su parroquia y obtener una dispensa para decir privadamente la misa en latín, sin llegar al cisma promovido por el primero, que hoy Benedicto XVI quiso suturar.

Alguien ha podido creer que se puede enterrar el *espíritu del 68*. Tal vez. Al fin y al cabo la mayoría de los protagonistas ya se integraron poco después al llegar al realismo de la edad adulta. Y la sociedad ha recogido ya muchas de las aspiraciones del movimiento que ya están universalmente incorporadas en la cultura: libertades personales, sobre todo en lo relacionado con el sexo, y mayor democratización en todas las instituciones con reconocimiento universal de la igualdad para la mujer.

Pero creo difícil que se puede enterrar el "espíritu del Vaticano II" por dos motivos:

- hunde sus raíces no en ideologías marxistas-freudianas más o menos caducas –¿quién se acuerda ahora de Marcuse?– sino en convicciones de fe muy arraigadas que siguen presentes en católicos viejos y jóvenes.
- la Iglesia sigue sin tomar en serio la propuesta fundamental del Concilio que era la apertura en la formulación de su doctrina y en su estructura interna a las exigencias de los Signos de los Tiempos.

A Jesús y al Espíritu es difícil ponerles fronteras y losas. Incluso los métodos inquisitoriales de condenas y de prohibir la difusión de las ideas no funciona ya en una sociedad abierta de la comunicación. No se podrá repetir lo que hizo Pío X cuando la crisis antimodernista de hace un siglo. El máximo poder que tienen los restauracionistas de la Iglesia es el nombramiento de obispos y el funcionariado clerical. Pero estos instrumentos no sirven para organizar una Iglesia sino una gran Secta. Y la Iglesia de Jesús y del Espíritu, como servicio al hombre y no como poder, seguirá brotando en todas partes, sin servilismo pero no en contra de la jerarquía, sin cismas pero con tesón y resistencia.

### La inesperada rápida recepción del Concilio en la Iglesia española

La rapidez con que la cúspide clerical de la Iglesia española adoptó las medidas de reforma provenientes del Concilio puede ser una sorpresa para quien la vivió desde fuera o repasa hoy su historia. Pero no para quien la vivió desde dentro.

Es verdad que se venía de una época de nacionalcatolicismo que marcó la cúspide episcopal desde la carta colectiva de

1937 y orientó la mayor parte de las curias y la Junta de Metropolitanos, con una unanimidad aparente que sin embargo encerraba muchos fermentos renovadores en el interior de la misma Iglesia.

En diciembre de 1965, a su regreso de Roma, el arzobispo de Valencia, Marcelino Olaechea, manifestaba su desconcierto por la aprobación de *Dignitatis Humanae*. Como persona inteligente vio con toda claridad los cambios que iba a provocar en la Iglesia y el colapso de los cimientos del nacionalcatolicismo: la confesionalidad católica del estado iba a pasar de ser la tesis ideal de las relaciones iglesia-estado para convertirse en molesta hipótesis, vestigio histórico al que habría que renunciar.

Se divulgó en aquella época una frase del cardenal Bueno Monreal –“El Concilio nos pilló a los obispos españoles en calzoncillos”– que contrasta con la rapidez con que la Iglesia española aceptó las reformas sustanciales del Concilio, como la liturgia o la corresponsabilidad. Hasta la Asamblea Conjunta el progreso fue rápido y muy en la línea del Concilio, a pesar de las turbulencias eclesiales y políticas que surgían por la derecha e izquierda.

Habiendo vivido intensamente aquella época y reflexionado posteriormente mucho sobre lo vivido, me atrevo a adelantar una respuesta a esta aparente contradicción histórica. La rapidez de esta recepción del Concilio no se debió en absoluto a la “agitación provocada en aquellos años” por el mayo francés o las revueltas de Berkeley. La explicación de ese rápido cambio se debió más bien a estos factores intraeclesiales:

1. La renovación del episcopado promovida por Juan XXIII y Pablo VI.
2. La renovación previa de algunos centros de formación sacerdotal.
3. La creación de la Conferencia episcopal española.

### **La renovación del episcopado promovida por Juan XXIII y Pablo VI**

Antes del Concilio ya se habían incorporado al episcopado español algunas personas de nuevo talante. Además del caso excepcional de Ángel Herrera Oria (obispo de Málaga 1947), yo destacaría cuatro obispos: Morcillo (aux. Madrid en 1943, vicesecretario de la comisión preparatoria del Concilio), Tarancón (obispo de Solsona 1943), González Moralejo (aux. Valencia 1958) y Marcelo González Martín (obispo de Astorga 1961).

Pero fue con el nuncio Riberi, nombrado por Juan XXIII, cuando se intensificaron los nombramientos de obispos no provenientes de curias y cabildos y destacados por sus actividades intelectuales y pastorales. En los cinco años que duró su estancia en Madrid, Riberi sacó once nuevos obispos: dos murieron prematuramente (Vicente Puchol y Ángel Morta). Y el nuncio Luis Dadaglio, nombrado por Pablo VI, “sorteando con habilidad las dificultades, consiguió sacar un mayor número de obispos en menos tiempo: 42 en siete años (1967-1973)”<sup>3</sup>. Estos nombramientos explican el rápido cambio de sentido de la mayoría del episcopado español entre los años del Concilio y la Asamblea Conjunta de 1971.

La expresión y acción de los obispos a partir del Concilio se fue realizando a través de expertos que fueron protagonizando acciones de renovación en las diócesis e instituciones supradiocesanas para ir después configurando los cuadros ejecutivos de la Conferencia Episcopal Española creada en 1966.

¿De dónde y cómo surgieron esas personas sintonizadas con el Vaticano II que ofrecieron al episcopado español la

3 Cf. Duato, A: “Los obispos en el proceso de cambio de la Iglesia en España”, en *Iglesia y sociedad en España 1939-1975*, 1977 Madrid, Editorial Popular.

posibilidad de un cambio rápido de sus posturas en los primeros diez años de posconcilio? Creo que esta cuestión es más importante que analizar los movimientos clericales de contestación, centrados en la cuestión del celibato y en la implicación política de los sacerdotes en las opciones más izquierdosas posibles. Sobre esto hay muchos testimonios<sup>4</sup>. Los conocí, los respeté y admiré, pero con quienes viví más de cerca aquellos años fue con otro tipo de personas.

### **La renovación de algunos centros de formación sacerdotal**

Por una serie de circunstancias conocí muy de cerca, desde los tiempos de formación, a muchos de los impulsores del primer posconcilio en España que desembocó en la Asamblea Conjunta. Supe de sus intenciones más profundas y creo que debo dar testimonio de su autenticidad cristiana y eclesial. Su sintonía plena y apasionada por el Concilio se debió a que desde hace años lo estaban esperando, pues sus ideas y orientaciones pastorales coincidían plenamente con él. Desde los primeros años cincuenta, creo que estos fueron los centros de renovación eclesial más destacados:

**a. Seminario de Vitoria:** Hasta 1954 las tres diócesis vascas continuaron con un único seminario del que surgió un gran movimiento de renovación pastoral y espíritu misionero. Yo participé en 1951 en el primer encuentro de *Grupos Obreros de seminaristas*. El contacto con la JOC y la HOAC había hecho surgir estas vocaciones específicas a la pastoral en el mundo obrero. Había personas que

habían entrado en el seminario ya adultas y con experiencia de los movimientos obreros. Ricardo Alberdi (1915-1982), que en 1951 era todavía seminarista, fue uno de los mayores impulsores. Yo lo volvería a encontrar veinte años después en el Consejo de Iglesia Viva.

**b. Seminario de Comillas.** En 1949 José Cardijn hizo su primera visita a España para dar unas conferencias en Comillas, invitado por el *grupo de Jesús Obrero*. Después fueron publicadas por la JOC con el título *Llamada*. De esta visita a España surgió una serie de posteriores visitas a Bélgica de seminaristas y sacerdotes españoles, futuros consiliarios de JOC. Yo estuve en Bruselas y en Malinas en 1950 (viaje en el que conocí a Mauro Rubio, con el que coincidiría años después, haciendo la licenciatura de Teología en Roma). Aún hoy día siento dentro de mí lo que dejó la metodología de *Ver-Juzgar-Actuar* y de *Acción-Revisión-Acción*. Quienes se formaron en esta metodología de ser y vivir, no solo de hacer reuniones, son más capaces de sintonizar con el papa Francisco y su llamada a desclericalizarse, a salir a las periferias y a discernir.

**c. Colegio Español en Roma y otras instituciones romanas.** Haber vivido en Roma en los diez años precedentes al Concilio me permitió conocer las ideas y personas que iban a influir en el desarrollo del Concilio y en el posconcilio de España.

Por el Colegio español de Roma pasó una generación de poetas y escritores que enlazó con iniciativas semejantes de Salamanca<sup>5</sup>. Entre lágrimas de emoción contaron su ordenación los de 1953. Cuatro años después, mi generación afrontaría la ordenación en el día de San José con más realismo. Solo una anécdota. Era 1957, en plena decadencia de Pío XII.

4 Cabe señalar en 1966 la *Operación Moisés*, la *Manifestación de curas en Barcelona*, como acciones revolucionarias en la Iglesia. Promotores fueron figuras proféticas que optaron por la radicalidad (Mariano Gamó, Josep Dalmau, Lluís M. Xirinchs) pero sin que en ello tuviera ninguna relevancia el *espíritu del Mayo 68*.

5 Cf. Martín Descalzo, *Un cura se confiesa*, Sígueme de Salamanca, última edición: 2018.

“No nos gusta esta Iglesia, pero nos comprometemos con ella para forzar su renovación”, comentábamos la noche antes de la ordenación Paco Fontecha, Joaquín Perea y yo, quienes nos volveríamos a encontrar doce años después en el Consejo de Iglesia Viva.

En la Gregoriana de los años cincuenta se asistía al ocaso de los grandes asesores de Pío XII (Trump, Zapelena, Hürt) y al surgimiento de una nueva teología derivada de una nueva antropología, de la filosofía trascendental y de una comprensiva lectura de los textos bíblicos en su origen e historia (Alfaro, Flick, Alzhegy...). Allí, los estudiantes nos encontrábamos con sacerdotes inquietos que querían actualizarse: Mauro Rubio y Elías Yanes fueron compañeros en el curso de licenciatura. Con Ramón Torrella y Rafael Torrija acudí a un seminario sobre puntos actuales de doctrina social que organizaba el P. Jarlot y promovimos la concienciación de los residentes en el Colegio Español en los problemas sociales.

En la Iglesia española de Montserrat, en donde pasé temporadas entre 1961 y 1962, surgieron también muchas iniciativas de renovación en la Iglesia española. A mí me dejó mucha huella el malogrado paisano Vicente Puchol Montis (1915-1967), gran tejedor de redes personales e institucionales, cuya presencia hubiera sido clave en el posconcilio de España.

**d. Universidad de Salamanca y su extensión en Madrid:** Instituto Superior de Pastoral (en Madrid desde 1964) e Instituto León XIII (creado en Madrid en 1951 y vinculado a Salamanca en 1964).

Estuve en contacto con numerosas actividades surgidas al socaire de esta universidad e institutos, relacionado con muchas personas (Casimiro Sánchez Aliseda, Lamberto Echevarría, José M<sup>o</sup> Javierre, Marcelino Legido...) antes de vincularme, en octubre de 1969, como rector al Colegio del Salvador (Vocacio-

nes tardías). Fue un año intenso pues coincidí con la huelga de la facultad de Teología que duró varios meses y de la que me hicieron responsable. Ese curso me incorporé a la obra de mi vida, *Iglesia Viva*. Y al ser destituido en 1970 de director del colegio, me invitaron a quedarme como director y gestor de la revista, que se trasladó por ello a Valencia. De esta gran obra del posconcilio y del seguimiento que hizo de 1966 a 1971 a los temas candentes de aquel tiempo hablaré en la tercera parte de este artículo.

### *La creación de la Conferencia Episcopal Española*

Según el derecho canónico, cada diócesis era –y sigue siendo– autónoma y capaz de reorganizar su estructura y su pastoral según las orientaciones del Concilio y normas posteriores. Yo me encontré integrado en un equipo de trabajo con el que el obispo auxiliar de Valencia, Rafael González Moralejo, preparaba, desde antes de acabar el Concilio, esta etapa posconciliar. Colaboramos con el canónigo F. Boulard, sensibilizando al clero en su método de pastoral de los condicionamientos sociales de conjunto. Una especie de revisión de vida permanente hecha en conjunto por todos los sectores de la Iglesia, unidos por zonas naturales, a las que se acomodaban arziprestazgos y vicarías. Cuando Moralejo fue nombrado vicario capitular, ya estaba preparado el plan que fue implementándose a partir de una revolucionaria decisión, que, al menos en Valencia, ya no se volvió a repetir: la elección de los vicarios episcopales por todo el clero.

Pero no en todas las diócesis se tenían las ideas tan claras. Por eso fue decisiva la temprana creación de la Conferencia Episcopal (1966) y la renovación de todas las comisiones y secretariados. Aquel mismo año se desencadenó la crisis y el desmonte



de la Acción Católica, que bajo la dirección de Miguel Benzo había creado un colegio de consiliarios en Madrid, con un espíritu de servicio a las diócesis y una experiencia de la que se beneficiaría después la misma Conferencia, que les acogió a muchos.

La comisión episcopal de Liturgia fue especialmente eficaz en la aceptación en España sin problemas de la nueva liturgia. Y la comisión del Clero, junto con la oficina de estadística, promovió en 1970 una extensa encuesta entre los sacerdotes que fue la que dio origen a las asambleas diocesanas y a la asamblea conjunta de obispos y sacerdotes de junio de 1971, con la que se concluiría una etapa de fuerte renovación posconciliar y se iniciaría otra de progresivo freno e involución por los dicasterios romanos y, después, por el mismo Juan Pablo II.

La misma Conferencia preparó y publicó una serie de documentos muy buenos. *La iglesia y la comunidad política* (23-1-1973) significó una verdadera superación del nacionalcatolicismo.

### Las grandes instancias del Mayo 68 vividas por quienes aplicaban el Vaticano II a la Iglesia de España

En los años 1968 y siguientes los de mi generación estábamos plenamente dedicados a una tarea pastoral, con previsibles repercusiones sociales y políticas, movidos por unas instancias de fe y unos análisis de la realidad mucho más radicales y fundados de lo que podrían representar los mensajes y lecturas de la revuelta cultural del 68.

Es verdad que seguimos con atención el trascurso de los hechos, sobre todo en California, Francia y México. Leímos sus pintadas y los libros que inspiraban la revuelta: Marcuse (*El hombre unidimensional*, *Eros y Civilización* y, sobre todo *El final de una utopía*) y Wilhelm Reich (*La*

*revolución sexual*). Pero encontrábamos estas mismas propuestas de libertad y autenticidad personal en libros como *La autoridad en la Iglesia* de McKenzie (1968), *Sinceros con Dios* del obispo anglicano Robinson o *Ética y Resistencia y sumisión* de Bonhoeffer. La vuelta al evangelio de Jesús resultaba suficientemente revolucionaria y subversiva.

Pero el testimonio mayor de cómo vivimos críticamente aquellos primeros años del posconcilio se encuentra en la revista *Iglesia Viva*. La ventajosa historia de esta apasionante historia de discernimiento de los nuevos movimientos culturales y sociales que se realizó aquellos años en este grupo es que consta en una serie de artículos y números monográficos hoy accesibles a todos por la digitalización de la revista y los enlaces al texto en azul.

He estado repasando los primeros años de *Iglesia Viva*, correspondientes a aquellos años "de agitación" que según Benedicto XVI, como dijimos al principio, desnaturalizó la correcta recepción del Concilio. La revolución de los jóvenes está realmente allí bien recogida. Pero lo extraordinario es hasta qué nivel el grupo de la revista era capaz de otear los signos de los tiempos y hacer a la vez un discernimiento crítico de lo que debía inspirar cambios en la Iglesia.

Finalmente me ha parecido que lo mejor era presentar tres números especialmente significativos, reproduciendo su sumario y la presentación, que siempre ha sido en *Iglesia Viva* un resumen de los objetivos y contenido del número.

#### Nº 21: Secularización (1969)

Este fue un número que tuvo una gran difusión. Fue especialmente preparado para orientar las nuevas formas cristianas de aceptar y discernir la realidad del mundo, tal como lo pedía el Vaticano II. Reproduzco a continuación el texto de presentación, resaltando algún párrafo.



En los meses pasados, la secularidad ha sido el tema vedette de los comentarios teológicos y pastorales. Con el tiempo necesario para poder ver un poco claro en un asunto tan complejo, hemos querido presentar a nuestros lectores unos cuantos trabajos que a la vez que les ponen al corriente sobre estas últimas orientaciones del pensamiento teológico y pastoral les ayuden a formarse unas cuantas ideas claras sobre estas confusas cuestiones.

Tras esta moda de la secularidad rebulle uno de los fenómenos más complejos y decisivos de la historia de la Iglesia. El mundo secular que se despierta, en gran parte, increíblemente es el resultado de varios siglos de historia durante los cuales la Iglesia y la sociedad han recorrido su propio camino ignorándose o combatiéndose mutuamente.

Los cristianos hemos visto que hay que cambiar de método. No por un oportunismo táctico, sino por la necesidad de ser fieles a nuestra vocación de mediadores y responsables de la salvación de nuestros hermanos que hacen y viven este mundo secularizado. La primera parte de la *Gaudium et Spes* contiene la justificación doctrinal de este cambio de actitud pastoral de la Iglesia respecto del Mundo y de los hombres no creyentes. La Humanidad ha adquirido conciencia colectiva de la racionalidad del mundo y de su capacidad para dominarlo y organizarlo en provecho propio. Esto es la secularidad y de aquí proceden las graves cuestiones que se levantan hoy en la conciencia de muchos cristianos y

hombres de buena voluntad: ¿es compatible la fe en Dios con una existencia secular? ¿qué rostro tiene este Dios, qué funciones desempeña en nuestro mundo? ¿El hombre secularizado seguirá teniendo oídos para la Palabra de Dios?

La historia de las religiones ha demostrado que todo cambia en la existencia del

hombre cuando cambia su imagen de Dios. Por eso no es extraño que las «generaciones seculares» nos estén exigiendo impaciente-mente una readaptación del lenguaje religioso, de la conducta cristiana, de los signos litúrgicos, del modo de estar y actuar la Igle-

sia en el mundo. Demasiada tarea para exigirla a corto plazo. Pero es preciso comenzar, intentar ver claro, darnos cuenta de lo que está pasando en las condiciones de nuestros contemporáneos.

Algunos temen que el mundo secularizado acabe con el cristianismo. Otros lo esperan. Para nosotros el mundo secular no tiene por qué ser un mundo anticristiano ni un mundo post-cristiano. Nos parece más bien que un mundo secular ha de ser un mundo pre-cristiano, que es lo mismo que decir un mundo mundo. El mundo objeto y ámbito de la salvación de Dios anunciada y comunicada a los hombres perennemente por medio de la Iglesia de Jesucristo.

Muchas desviaciones posibles pueden hacer que esto no sea así. Ello dependerá en gran parte de la clarividencia y la decisión de los cristianos. Este número de IGLESIA VIVA quiere ser una modesta ayuda para los que quieran asumir esta responsabilidad.

## 21: Secularización (1969)

[Número completo en PDF](#)

**Presentación:** *La secularidad tema vedette de los comentarios teológicos y pastorales.*

### Estudios

*Sacralización y desacralización en la España actual,* Luis Acebal.

*Visión histórica del proceso ideológico de la secularización,* José Francisco Fontecha.

*Hacia un discernimiento teológico de la secularización,* Alfonso Alvarez Bolado.

*Secularización y ministerio sacerdotal,* José M<sup>a</sup> Llanos.

*Secularización y vida sacerdotal,* Fernando Urbina.

*Secularización y liturgia,* Juan Llopis.

*Secularización y derecho público,* José María Setién.

*Secularización y conciencia seglar,* Eduardo Obregón.

**Nº 25: La contestación juvenil (1970)**

Iglesia Viva solía celebrar cada año unas jornadas en las que el consejo de dirección se reunía durante unos días con otros autores y lectores de la revista para reflexionar sobre un tema y escribir después sobre él un número monográfico.

En septiembre de 1969, el tema elegido fue el de las revueltas de Mayo del 68 y el ambiente contestatario que a partir de él se difundía. El número 25 dio cuenta de esa reflexión colectiva. En él se percibe el tono acogedor y el discernimiento crítico con que *Iglesia Viva* acogió este movimiento y sacó conclusiones para la Iglesia. He aquí el texto de la presentación del número:

*Las jornadas de reflexión y estudio a que todos los años nos convoca la Revista «Iglesia Viva», tuvieron lugar en septiembre de 1969 en Ávila y versaron sobre el tema general de «La contestación juvenil». Pocos temas podían ser tan apasionantes y de tanta actualidad como este. Pues, sin duda alguna, se trata de uno de los fenómenos más definidores de nuestra época y más significativo y premonitorio de la posible configuración del mundo del futuro. No podía extrañar que si la Revista «Iglesia Viva» pretende estar alerta en la detección de los «signos de los tiempos» convocara, precisamente, a un grupo de sacerdotes, intelectuales jóvenes, para discutir libremente sobre este tema.*

*Nuestra sociedad se encuentra hoy día en un clima histórico de ebullición. Todo parece como si las más sólidas construcciones levantadas por el llamado mundo*

*civilizado amenazaran con derrumbarse estrepitosamente, sacudidas por un profundo temblor sísmico cuyo epicentro fuera difícil de localizar; como si nuevos plegamientos de la corteza terrestre quisieran sustituir a los antiguos para dar lugar a una estratificación y a un paisaje, radicalmente distintos. El hombre que*

*habite esta nueva tierra tendrá que ser también un hombre distinto, inédito y desconocido. Un ser humano que, emergiendo de circunstancias «ecológicas» nuevas, pisa y*

*vive tierra nueva, ha de ser forzosamente un hombre nuevo, con posibilidades y capacidades nuevas y que se organice socialmente según esquemas nuevos y aparentemente hasta «utópicos»*

*La crisis de nuestro tiempo arranca de la fuerte transformación tecnológica que está padeciendo el mundo y que se manifiesta con profundos cambios –y resistencias a los cambios– de las relaciones humanas de producción, intercambio, comunicación, poder, etcétera. Esta crisis, por humana, acaba implicando una profunda transformación espiritual: una verdadera «revolución cultural». Los estudiantes de la Sorbona escribieron en los muros: «La primera revolución francesa fue jurídica, la rusa fue económica, la nuestra quiere ser humana». Es una consciencia nueva, personal y colectiva, la que está emergiendo. Consciencia que resulta difícil definir, porque emerge y es vivida espontáneamente, con sus nuevas actitudes existenciales y sus nuevas valoraciones éticas, sin poder hacerse todavía consciencia refleja.*

*Por todo ello es necesario el intento de un esfuerzo diagnóstico. Intento que ha incitado la fantasía de la llamada «ciencia ficción». Pero que también ha estimulado*

**25: La contestación juvenil (1970)**

**Número completo en PDF**

**Presentación:** *Reflexión sobre la contestación juvenil.*

**Estudios**

*La contestación juvenil*, Enrique Freijo.

*Valoración del fenómeno contestatario*, J. F. Fontecha.

*Actitudes pastorales ante la contestación*, F. Sebastián.

*Autoridad y contestación*, Pietro Brugnoti.

**Notas**

*El "Isolotto" y la Iglesia de los pobres*, Gregorio Ruiz.

el tratamiento más austero de la filosofía, la sociología, la psicología y la biología. Y está dando lugar a una nueva ciencia: la futurología. Piénsese por ejemplo –y sin ninguna pretensión exhaustiva– en las obras escritas desde tan variados campos e ideologías, como pueden ser las de K. Jaspers, K. Mannheim, A. Gorz, G. Myrdal, P. Teilhard de Chardin, A. Huxley, P. B. Medawar, S. Freud, E. Fromm, J. Rostand, H. Marcuse, Th. Adorno, etc.

Una crisis de tal hondura sacude al hombre en su esencialidad. Se oscurece el horizonte de su consciencia, se pierde en la soledad de su libertad, se siente desajustado en su armonía personal, se encuentra inadaptado a un mundo que no le resulta ya reconocible. No es gratuito que alguien haya hablado de la neurotización del hombre de nuestro tiempo, que encuentra dificultades para integrarse en el medio ecológico, biológico, psicológico y cultural que él mismo está creando.

Tan profundas transformaciones han de reflejarse necesariamente en la distinción y la distancia entre las generaciones. Más importante que la misma distancia cronológica, resulta ya la distancia cultural e histórica. Una historia cuyas edades ya no se miden mediante la unidad del siglo sino del año, por una especie de aceleración histórica, hace coexistir sincrónicamente a hombres más distantes realmente entre sí, de lo que pudieran estar hasta ahora generaciones separadas por siglos. Además, la prolongación de la edad media de la vida congrega –o quizá sólo amontone– a gentes distintas, con pautas de conducta, mentalidades y valoraciones, intereses y aspiraciones dispares y hasta contradictorios. En estas condiciones la convivencia se hace difícil y hasta imposible tanto en el grupo familiar como en la sociedad en general.

Así es como la distancia se transforma en tensión, y la tensión en franco conflicto. Los hombres de las generaciones mayores sobreviven en medio de un mundo al que les resulta muy difícil adaptarse, porque apenas lo entienden y sienten que les desborda. Mientras perciben

que sus pautas de conducta apenas valen, les resultan extrañas y hasta inmorales, las nuevas formas de existencia; por lo que tratan de aferrarse, movidos por un comprensible mecanismo de defensa, a un pasado, al propio, que ha perdido ya su vigencia.

En el otro extremo de la franja generacional, los jóvenes tratan, a su manera, de tantear el mundo del futuro poniendo en juego y en experimento los gérmenes del mismo de los que son portadores, ya que intuyen que el mundo que les va a tocar vivir de adultos ha de ser muy distinto del actual. En ambos casos se trata de algo tan fundamental y biológico como es el sobrevivir.

La actitud juvenil, por legítima que pueda aparecer, encierra una objetiva agresión a las generaciones más adultas que acaban por descubrir la amenaza oculta de desplazamiento de sus posiciones conquistadas y mantenidas. De aquí que éstas reaccionen poniendo en juego sus formas disponibles de coacción, pues conservan, por lo pronto, amplios sectores de poder, mientras invocan los criterios de autoridad, hacen valer su experiencia y tratan de exigir obediencia.

Los jóvenes recurren entonces, fácilmente, a la protesta y a la rebeldía e, incluso, a la franca ruptura, reclamando para sí el derecho y la libertad para participar en la construcción de un futuro que es el que ellos han de vivir.

Este número hay que verlo junto a otros publicados en aquellos años en que se hacía un discernimiento sobre otros fenómenos y movimientos que estaban cambiando la sociedad:

#### **Nº 26: Sociedad de consumo (1970)**

Escriben: E. Freijo, Ricardo Alberdi, R. Belda, J. M. Setián y Fernando Sebastián

#### **Nº 31: Reflexión cristiana sobre la revolución sexual (1971)**

Escriben: José Luis Pinillos, Enrique Freijo, Benjamín Forcano y Luis Gutiérrez.

**27: La autoridad en la Iglesia (1970)**

En definitiva la cuestión de la autoridad y la libertad, tanto en la sociedad como en la Iglesia, estaba en el corazón de la crisis y la contestación. Este tema fue afrontado directamente en este número de Iglesia Viva.

He aquí la presentación del número:

Los problemas eclesiológicos siguen ocupando la reflexión de I G L E S I A VIVA. Creemos que lo exige día a día la misma vida de nuestra comuni-

dad católica. En la crisis, ya tónica, que actualmente atraviesa la Iglesia, no queremos suspirar por aquel tiempo pasado que fue mejor, ni caer en una futurología aventurada. Preferimos reflexiones sobre la Iglesia de Cristo que hoy y aquí formamos todos, mirándola tal como está, sin crisparnos por su situación y buscando las señales de la primavera que esperamos contra toda esperanza.

El fenómeno de la contestación intraeclesial se radicaliza. Y como lo más radical de la Iglesia es la Eucaristía, raíz y causa de la Iglesia, hasta ahí ha llegado la contestación. Muchos fieles se inquietan de lo que parece la presencia de los caballos de Atila en el santuario. Pero creemos que la utilización del ámbito cultural como lugar de contestación no es un capricho, no es un medio para llamar más crudamente la atención. Sino que procede de un problema real: ¿qué sentido tiene en la Iglesia el mandamiento de un espacio sacro y de una Eucaristía, sacramento de unidad y de amor, en una sociedad montada sobre la injusticia y la opresión?

Lo más cuestionado en la Iglesia de hoy es la autoridad. Si no como principio de autoridad, al menos sí en su ejercicio con-

**27: La autoridad en la Iglesia (1970)****Número completo en PDF**

**Presentación:** Reflexión sobre la autoridad.

**Estudios**

¿Nuevas formas de denuncia profética?, Manuel Unciti.

La autoridad en la Iglesia, Luis Gutiérrez.

Reflexiones sobre la baja cotización del magisterio eclesiológico, Joaquín Perea.

**Notas**

Introducción a la cristología de D. Bonhoeffer, José Joaquín Alemany.

creto. No serviría para nada reafirmar la legitimidad y la necesidad de la autoridad en la Iglesia, sin intentar penetrar a fondo en su último misterio, en la naturaleza y fundamentos del ministerio eclesial, de un orden absolutamente distinto de la autoridad humana. El clima eclesiológico de la contrarreforma reducía casi exclusivamente la función de autoridad a un horizonte jurídico de derecho público. El Vaticano II

ha vuelto a una tradición más profunda y, sin negar el principio jerárquico y de autoridad, lo ha enriquecido al colocarlo en el marco de una eclesiología del Pueblo de Dios.

Hay otros muchos temas que se mostraron polémicos en aquellos tiempos de cambio eclesial que se quedó a medias. El momento crítico de esa recepción del Concilio por la Iglesia española fue la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes, precedida de la encuesta nacional del clero y seguida de una polémica suscitada por el Opus y sus peones en la curia de Roma (mons. Palazzini), que atacaron la asamblea pasando incluso por encima del cardenal Tarancón y del mismo Pablo VI. Todo eso se trató en estos dos números:

**33: Problemas actuales del sacerdote (1971):** Reflexión sobre las contestaciones a la encuesta del clero, hecha por un equipo de teólogos.

**38: Proceso a la Asamblea Conjunta (1972)**

Cincuenta años después, el equipo renovado de Iglesia Viva sigue oteando los signos de los tiempos, discerniéndolos críticamente y esperando una primavera del reinado de Dios, es decir, de cuidado, paz, justicia y solidaridad globales.